

# El carnaval de Ray Bradbury

Alberto Chimal

*El reciente fallecimiento de Ray Bradbury (1920-2012), uno de los narradores que elevaron a la alta literatura la ciencia-ficción, sirve como marco para que el escritor mexicano Alberto Chimal valore la obra extraordinaria del autor de Fahrenheit 451, Crónicas marcianas y El vino del estío, y su influencia en la ficción contemporánea.*

En 1932, cuando el pequeño Ray Bradbury tenía doce años, una feria ambulante apareció en las afueras de Waukegan, Illinois, el pueblo en el que Ray vivía con su familia. En inglés a esas ferias se les llama *traveling carnivals* o, simplemente, *carnivals*: la palabra, desde luego, tiene el mismo origen que la castellana *carnaval* y sugiere el color, el movimiento, la alegría de la celebración.

La feria se instaló en las afueras del pueblo, entre los campos, abrió sus atracciones al público, y esto fue, como siempre, una ocasión de maravilla: hasta su muerte, ochenta años después, Ray Bradbury recordó —por escrito y en numerosas entrevistas— su fascinación con las ferias, los circos, el ilusionismo, las historias fantásticas y de terror en el cine y en los libros.

Pero esta feria fue especial por otra razón: una de las atracciones era un mago que se hacía llamar Mr Electrico y hacía trucos, previsiblemente, con electricidad estática. Bradbury lo contó así a su biógrafo, Sam Weller:

(...) se sentaba en una silla eléctrica, un ayudante movía un interruptor y él se cargaba con cincuenta mil voltios de electricidad pura. Brillaban rayos en sus ojos y sus cabellos se erizaban. Yo estaba sentado abajo, en primera fila, y él me acercó una espada llameante, llena de electrici-

dad, y me tocó en los hombros y en la punta de la nariz y gritó: “¡Vive para siempre!”. Y yo pensé: “Dios, eso es maravilloso. ¿Cómo se hace?”.

La conclusión de la historia dio la vuelta al mundo varias veces a partir del 5 de junio de este año, cuando Ray Bradbury murió en Los Ángeles, California. Por supuesto, el modo de vivir para siempre —en sentido figurado: en el único posible— era escribir, y Ray lo hizo “todos los días” a partir de su encuentro con Mr Electrico: se convirtió en escritor profesional, pasó por todos los grandes géneros literarios del siglo XX (incluyendo el guión para cine y televisión, acaso el más poderoso y desdeñado de todos) y dejó, al fin, una obra muy copiosa y un puñado de títulos considerados clásicos: *Fahrenheit 451*, *Crónicas marcianas*, *El vino del estío*, *La feria de las tinieblas*, *Las doradas manzanas del sol*...

Ahora, que comenzamos a leer esos libros por sí solos, sin la presencia de su autor, tal vez comencemos a notar que la maravilla y el color del carnaval estuvieron siempre en todos ellos.

Considerado desde el comienzo un “escritor de ciencia ficción”, Bradbury luchó por quitarse esa etiqueta durante toda su carrera y tuvo un éxito parcial, pero

también tuvo la razón. A pesar de la vastedad que pueden tener sus temas y sus alcances —aunque no siempre la tengan—, la ciencia ficción es una parcela pequeña en el territorio de la imaginación fantástica y se distinguió, durante el siglo XX, debido a una obsesión paradójica: otorgar a sus historias un aire de plausibilidad científica, como para justificar los desbordamientos de la fantasía y hacerlos parecer un mero vehículo de conocimientos científicos útiles. No hay nada de esa verosimilitud fingida en la obra de Bradbury. Mientras autores como Arthur C. Clarke o Robert A. Heinlein llenaban sus novelas y cuentos de aparatos descritos con precisión, consideraciones sobre física y matemáticas y predicciones basadas en los avances mejor documentados de la ciencia y la ingeniería, Bradbury utilizaba los *iconos* de la ciencia ficción —los extraterrestres, los cohetes espaciales, los soles y los planetas— para escribir algo diferente: historias que jamás podrían haberse confundido con divulgación científica porque no representaban las ilusiones del progreso, que Occidente heredó de la Ilustración del siglo XVIII, ni aspiraban a su realización.

No: lo que importa a Bradbury no es la posibilidad de que algún día lleguemos a Marte, con qué mecanismos lo conseguiremos, qué dificultades técnicas habrá que vencer ni qué consecuencias sociales y culturales tendría semejante suceso, sino que se *sentiría* llegar a Marte; con más precisión, qué hubiera sentido él; con más amplitud, qué podía haber sentido al encontrarse con la maravilla —que fractura la existencia y la vivifica o la destruye— un hombre común, o por lo menos un estadounidense que vivió el siglo XX, que alcanzó la edad adulta al comenzar la Segunda Guerra Mundial y vivió, como todos, las esperanzas y los temores que se prolongaron desde la posguerra hasta los últimos años del siglo.

En el carnaval —que el pequeño Ray vivió parca pero febrilmente en Waukegan, y que prolongó en búsquedas insistentes de fascinación y placer en las historias de Edgar Rice Burroughs, el cine de horror de la Universal y muchos otros lugares—, lo alto se confunde con lo bajo, como escribió Mijail Bajtin: los extremos se tocan, las barreras desaparecen y lo imposible se vuelve posible. En el carnaval, el artista de un espectáculo miserable puede convertirse en un rey, sentarse en un trono eléctrico, otorgar dones y dar encomiendas a niños convertidos en caballeros. La obra de Ray Bradbury tiene, acaso desde este episodio inicial, una inspiración similar.

En “El verano del cohete”, el comienzo magistral de *Crónicas marcianas*, los viajes al espacio tienen una consecuencia inesperada, que Bradbury trata tersa, líricamente:

Un minuto antes era invierno en Ohio; las puertas y las ventanas estaban cerradas, la escarcha empañaba los vidrios, los carámbanos bordeaban los techos, los niños esquiaban en las laderas; las mujeres, envueltas en abrigos

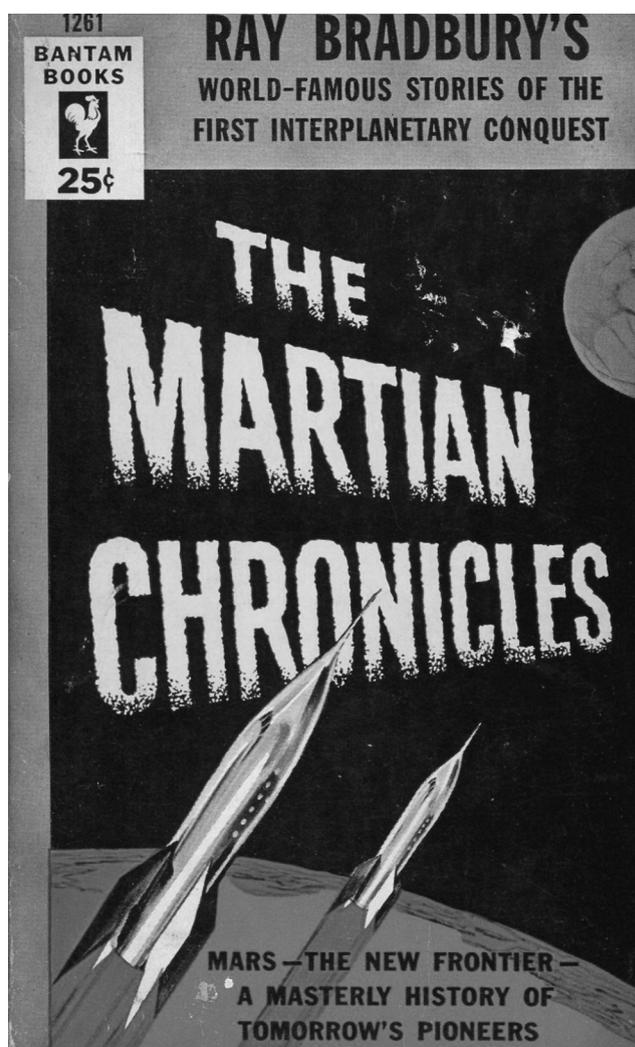
de piel, caminaban torpemente por las calles heladas como grandes osos negros.

Y de pronto, una larga ola de calor atravesó el pueblo; una marea de aire cálido, como si alguien hubiera dejado abierta la puerta de un horno. El calor latió entre las casas, los arbustos y los niños. Los carámbanos cayeron, se quebraron y se fundieron. Las puertas se abrieron de par en par; las ventanas se levantaron; los niños se quitaron las ropas de lana; las mujeres guardaron en los armarios los disfraces de oso; la nieve se derritió, descubriendo los viejos y verdes prados del último verano.

*El verano del cohete.* Las palabras corrieron de boca en boca por las casas abiertas y ventiladas. *El verano del cohete.* El caluroso aire desértico alteró los dibujos de la escarcha en los vidrios, borrando la obra de arte. Esquíes y trineos fueron de pronto inútiles. La nieve, que caía sobre el pueblo desde los cielos helados, llegaba al suelo como una lluvia tórrida.

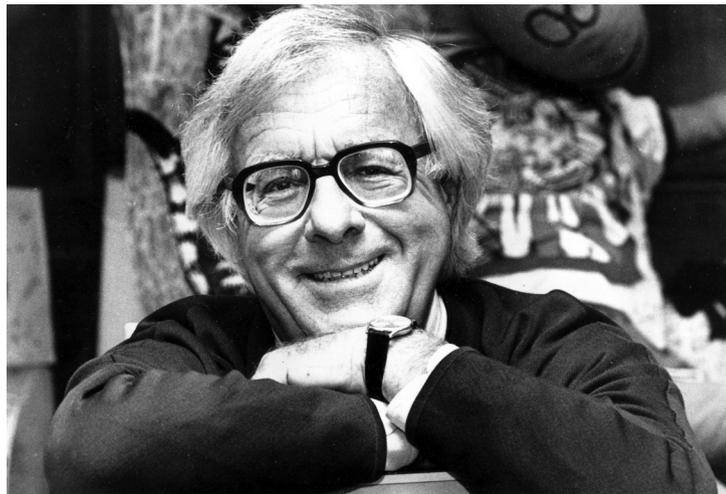
*El verano del cohete.* La gente se asomaba a los porches húmedos y observaba el cielo, cada vez más rojo.

El cohete, instalado en su plataforma, lanzaba rosadas nubes de fuego y calor de horno. El cohete, de pie en la fría mañana de invierno, creaba verano con cada aliento de los poderosos escapes. El cohete transformaba los climas, y durante unos instantes fue verano en la tierra [...]





Ray Bradbury



El sentido de estas imágenes, desligadas de una trama enérgica pero poderosas a su propia manera, se repite en incontables episodios de la obra posterior del escritor. El impacto de lo maravilloso, lo desconocido, lo terrible, siempre es individual y profundo: una experiencia que sacude y transforma, y que además implica siempre el traspaso de algún límite que parecía insuperable. Montag, el bombero que destruye libros en *Fahrenheit 451*, se convierte en defensor de los libros al descubrir la poesía. En “Calidoscopio”, uno de los cuentos más celebrados de Bradbury, el astronauta que va a morir al caer en la Tierra desde su órbita tiene tiempo para decidir que su vida de aventuras le parece hueca, pero se convierte sin querer en la causa de una alegría fugaz para una familia que desconoce; *El vino del estío*, más sutil, se basa en el contraste entre la vida real del niño Douglas Spaulding y los vuelos de su fantasía, que la transforman sin destruirla y a la vez la vuelven memorable...

Un mito muy repetido de la cultura literaria estadounidense es el de la *Gran Novela Americana*: la que condensaría, o describiría amplísimamente, o exploraría hasta enormes profundidades, la totalidad de la *vida americana*. La hazaña es imposible pero constantemente se anuncia que tal o cual obra y autor la intentan y hasta la consiguen (el más reciente de estos anuncios es el elogio de *Libertad* de Jonathan Franzen). Y algo que parece darse por sentado al discutir la cuestión es que esa novela tendría que escribirse desde el centro de la cultura estadounidense: desde una perspectiva relacionada con sus grupos fundacionales —blancos, anglosajones y protestantes— y eminentemente realista. Pero este prejuicio no sólo omite a grandes novelas y autores lejos de ese centro por su origen o sus inclinaciones, desde *Lolita* de Vladimir Nabokov hasta *La vida breve y maravillosa de Óscar Wao*, de Junot Díaz; ignora, además, a por lo menos dos grandes obras escritas desde la imaginación fantástica: *Tiempo de Marte* de Philip K. Dick y, justamente, *Crónicas marcianas* de Bradbury. Publicadas con menos de veinte años de diferencia, ambas mues-

tran extremos opuestos de los ideales de la Era Espacial y del último tramo del mito americano de la colonización, en el que la expansión territorial se detiene y los sueños de la abundancia constante y el Destino Manifiesto empiezan a quebrarse.

El Marte de Dick es desde el principio un infierno y el de Bradbury, en cambio, un paraíso que se estropea a causa de la estupidez y la voracidad humanas, pero en ambos se pone a prueba, como en ninguna otra novela del siglo XX, la vanidad de las ideas del progreso y de su encarnación más optimista, que durante años alimentó —a través de la cultura popular— los mitos del mundo entero. Y *Crónicas marcianas*, probablemente, llega un poco más lejos que Dick en su descripción del miedo que sacudió a una nación entera al comenzar a darse cuenta de sus limitaciones. Tal vez pueda ser recordada, con el tiempo, como la primera novela que avisó de la decadencia del Imperio Americano. El carnaval también rebaja a los poderosos: los humilla y les muestra cómo sería el mundo sin ellos al frente.

Esta nota olvida un aspecto esencial de la obra de Ray Bradbury: el afecto que inspira en sus lectores, a la vez menospreciado por los estamentos culturales, explotado por editoriales mercachifles y absolutamente sincero. Diré un poco sobre esto.

A una semana de su muerte, mientras escribo estas palabras, el escándalo mediático que rodea a la muerte de cualquier celebridad ya dejó a Bradbury, como suele pasar. Pero las historias que Bradbury escribió siguen allí, en los librerías y las pantallas de muchas personas. También en la memoria: allá en lo profundo no cesa el desfile, la procesión alegre y melancólica, el carnaval de los marcianos, los niños del *Mid-West*, los monstruos y los libros vivientes, los seres ordinarios tocados por Lo Más Allá.

Una cultura que alienta el horror de la maravilla, la culpa de la maravilla —y al hacerlo se priva de la facultad de imaginar y se resigna, se contrae, se atrofia—, podría aprender mucho de esta posteridad sencilla y poderosa. **U**